

Recuerdos de una Misa de la Luz

Las fiestas de Navidad empezaban en Las Palmas días antes de la Nochebuena, con las Misas de la Luz, misas que se celebraban durante nueve días.

En aquellos lejanos tiempos, sin "tele", sin radio, y con escasas salas de cine, todas las fiestas tenían un encanto que hoy no so sabemos encontrar.

Cuando se acercaban estas fiestas mis primas y sus amigas estaban como locos de alegría; con una enorme ilusión, hablaban a todas horas de ellas. Durante las tardes cuando se sentaban a bordar, calar ó hacer "bolillo", comentaban, reían, hacían planes que a mis pocos años me parecía toda una aventura en la que siempre deseaba participar.

Aquel año, como siempre cuando llegó el día de ir a la Misa de la Luz, se levantaron muy temprano, de madrugada, y con mi tía Pino, mi bella tía Pino, que a sus veintiocho años, estrenaba una viudedad reciente, y María, la vieja sirvienta, que llevaba tantos años en la casa del abuelo, que ya había pasado a ser un miembro más de la familia, se acercaron a recoger a sus amigas, tres hermanas que vivían en la casa de al lado, y todas juntas se fueron a oír la Misa.

Mi prima, la más pequeña y yo, que nos levantábamos apenas ellas volvían, oíamos todas las conversaciones y comentarios, con los ojos encendidos de curiosidad y siempre preguntábamos:

- ¿Cuándo podremos ir nosotras?

- Cuando seais mayores...

- contestaba alguna de ellas.

- Lo mismo dijiste el año pasado... ¡siempre igual!... ¡ya somos muy mayores!

- No, aún sois las dos muy pequeñas, el levantaros tan temprano os daría mucho sueño

- dijo mi tía Pino.

- No, ya somos "mayores"

- añadió mi prima, poniendo en ese "mayores" toda la importancia que a sus ojos tenían nuestros jóvenes seis años.

- Bueno, si sois buenas os llevaremos a la última de las misas de la Luz. - volvió a decir mi tía.

Aquello era estupendo, y empezamos a esperar esa última misa, por la que preguntábamos todos los días. Aquellos días que

aún faltaban, se nos hicieron largos, largos, interminables.

No se qué idea fantástica tendría mi prima de la misa, yo por mí parte, me imaginaba algo tan luminoso, tan fabulosamente encendido, que en mi mente era una cascada de luz dorada, donde una intensa aureola encendida, casi no nos dejaría ver el altar.

Aquella madrugada mi tía nos llamó, suavemente, la voz era sólo un susurro, pero en el acto las dos estuvimos de pie buscando nuestras ropas que habíamos dejado muy bien colocadas sobre unas sillas; la noche antes nos ayudó a vestir. El agua estaba helada cuando nos lavó la cara y las manos, luego nos peinó. Todo fué hecho en el mayor silencio, todo dicho en un tono tan bajo, para no despertar a los que no iban a ir con nosotras, que daba importancia de conspiración a todos nuestros movimientos.

Así llegamos a la calle, silenciosa, oscura, tan sólo iluminada por las luces de las lámparas que colgadas en las esquinas, dejaban escapar una tenue, débil y macilenta luz. El cielo estaba negro y el intenso frío de la madrugada nos llegó hasta los huesos; mi tía Pino, nos cerró aún más el cuello de los abrigos. Estaba muy bella con su cara enmarcada por la negra mantilla de luto, las primas y sus amigas las llevaban blancas y María, lucía su pañuelo de seda negra en la cabeza y sobre sus hombros una amplia y gruesa pañoleta de estambre.

Cuando llegamos a la recoleta Plaza de Santo Domingo, con su fuente central de sillería labrada y sus frondosos árboles, vimos como los fieles entraban en el templo del mismo nombre, aquella



iglesia que un día fuera convento dominico. Cuando entramos en ella, casi no había sitio donde sentarse, pero la vieja María, que para esto tenía un arte especial, pronto nos acomodó a todas.

El aroma intenso de las flores y el incienso llenaba todo aquel espacio severo y monacal. Buena parte de sus suelos, estaban cubiertos por grandes losas de mármol que con borrosas inscripciones, recordaban los nombres de aquellos que dormían su último sueño en aquel lugar. El altar iluminado por largas velas encendidas, colocadas con arte y gracia entre una gran profusión de flores, brillaba todo él. Las lámparas del techo, también encendidas, hacían más luminosas los dorados del retablo y de los altares.

Algo se rompió dentro de mí.

- ¿Dónde está la Luz? "titi" Pino.

- ¿Qué luz, querida?

- La Luz de la Misa...

- !Oh! mira cuantas luces hay... pero cállate que ya sale el sacerdote y vá a empezar...

Me callé guardándome toda mi enorme desilusión; mi Luz, aquella Luz intensa que yo había imaginado, donde casi desaparecía el altar, no existía, Algo me sacó de mi enorme decepción. Una música hermosa de panderos, guitarras, castañuelas y otros instrumentos, se oyó en el templo; los villancicos cantados por frescas y armoniosas voces, llenaron la iglesia:

*"Gloria a Dios en las alturas
Y paz en la tierra
a los hombres de buena voluntad"*

El órgano, también dejó oír su voz. Fué algo muy hermoso y alegre. En este arrullo oí la misa, tan poco, que casi terminó al empezar.

- "Tití" Pino ¿pero ya nos vamos?

- Claro tontita... - me dijeron riendo - ¿creías que iba a durar eternamente?... ahora iremos a comprar churros y luego a desayunar a casa.

Cuando salíamos, vimos, junto a la pila del agua bendita, a Julio, el chico que rondaba a mi prima la mayor y Antonio, el que enamoraba Clarita nuestra vecina.

Mi prima Leonor, poniéndose la mano sobre la boca, dijo por lo bajo, burlona, bailándole la risa en los ojos:

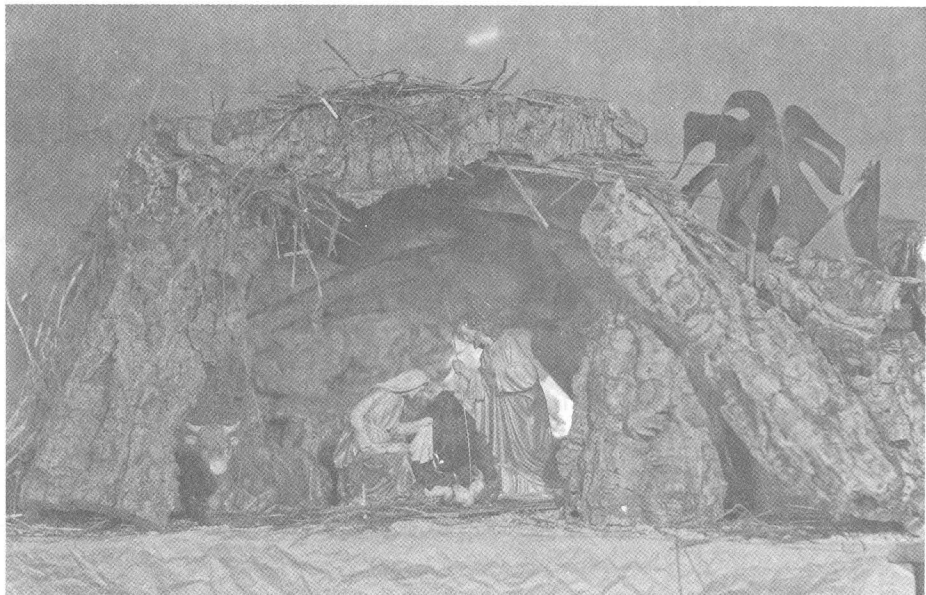
-!Ahí los teneis!... sosteniendo ellos solitos, sobre sus hombros toda el peso de la pila...

Las otras también rieron quedamente, pero estaban contentas de verlos allí.

Ellos, adelantándose les ofrecieron el agua bendita, los dedos de las niñas casi no rozaron los de los caballeros y salieron de la Iglesia bajo la mirada inquisitiva de María y la comprensiva de la tía. Yo le dí mi mano a ésta, y todas nos encaminamos a la Plaza del Mercado.

Tiempos heroicos aquellos, en que un hombre por ver a la mujer que amaba, por tan solo un instante poder rozar los dedos de su mano con los suaves de ella, se daba el gran madrugón.

Bajamos por la calle de los Balcones y nos asomamos un momento al viejo y desconchado muro



que separaba la playa y el mar de la calle de Obispo Cervera. La playa de San Agustín, sin arena, llena tan sólo de redondas piedrecillas estaba silenciosa y vacía, más allá las olas suavemente se rompían contra el casco oxidado del viejo barco "Zuleika", que entre los mariscos moría lentamente. El día nacía en el horizonte y el sol llenaba el mar de destellos rojizos é intensos. Sobre las aguas bailaban los rayos de luz que brillaban como pequeñas llamitas encendidas.

Mi prima y yo era la primera vez que veíamos amanecer. Mirábamos todo, admiradas y hasta emocionadas nos sentimos, cuando preguntamos a mi tía qué cosa eran aquellas lucecitas que bailaban las aguas.

-Son infinidad de estrellas que madrugan, para bañarse y jugar con los peces, en las frías aguas del mar - nos contestó.

Después seguimos para la Plaza.

En una esquina que formaban las calles de la Pelota y la de la Carnicería, frente mismo a la Plaza del Mercado, estaba la Churrería, llena de mesas y sillas donde las gentes apiñadas tomaban su desayuno. Una tenue y azulada humareda, espesa y acre, flotaba en el aire. Nosotras no tuvimos que entrar en ella; en otra puerta muy cercana a la de entrada, había un pequeño mostrador en donde María compró una enorme rueda de churros que a mí me pareció tan grande, la aumenté tanto con mi mente infantil, que nunca he vuelto a ver

ninguna de igual tamaño.

Luego en la Panadería que estaba enfrente compramos panecillos finos y crujientes y bollos. Después por las calles semi solitarias nos fuimos a casa.

La casa del abuelo, olía toda ella a Navidad. El perfume de los dulces pasteles de carne que se cocinaban en el horno de la cocina de hierro, la fragancia que se escapaba de las pequeñas tinajas de barro vidriado, donde desde la víspera, ya se habían puesto las chuletas de cerdo en el rico adobo, ó el aroma del pan de rey, que se enfriaba dentro de los moldes de lata puestos todos ellos sobre la mesa de la cocina, voceaban las fiestas en las que ya nos encontrábamos.

María, apenas se quitó su pañuelo y su pañoleta de estambre, nos empezó a servir el humeante desayuno, mientras mi tía Lola, con una tijera de cocina hacía trozos los calientes churros y los iba colocando en unas pequeñas bandejas que tenía sobre la larga mesa del comedor; a su alrededor nos sentamos todas, alegremente, con Clarita nuestra vecina y Lola y Maruja sus hermanas, que también desayunaron aquel día con nosotros... Sí, aún recuerdo el sabor maravilloso de aquella primera Misa de la Luz... el día que ví bañarse a las estrellas en el mar...

JOSEFINA MUJICA
